

## 16. Sirviendo

UN JOVEN EN CIERTA OCASIÓN ME ESCRIBIÓ PIDIÉNDOME CONSEJO sobre cómo seguir siendo un cristiano vigoroso durante sus años en la facultad. Estaba en su primer año en la universidad de Harvard y venía del Medioeste. Estaba preocupado que las presiones del estudio y los puntos de vista seculares que dominaban la mayoría de las asignaturas pudieran minar su fe. Mientras pensaba, tres cosas vinieron a mi mente. Por lo que le escribí diciéndole que organizara su tiempo para proveer los siguientes elementos: (1) un período de oración y estudio bíblico todos los días; (2) adoración y comunión regular con otros cristianos, con sus compañeros de estudio [ya sea un estudio bíblico en las habitaciones o en alguna reunión de estudiantes cristianos] y en un culto semanal en una iglesia; y (3) alguna forma regular de servicio a otros. Le sugerí que este último punto podía tomar diversas formas: una extensión a los no creyentes, o un proyecto de tutoría para los discapacitados, o alguna obra de servicio social, por ejemplo. Sólo esas actividades permiten que nuestras mentes no se ocupen sólo de sí mismas y se concentren en otros y en su problemática, como Cristo señaló que deberíamos hacer si habíamos de ser sus discípulos (Fil. 2:4).

Si descuidamos estas tareas, inevitablemente quedaremos empobrecidos. Reuben A. Torrey lo dijo en estas palabras: "Si deseas ser un cristiano feliz, si deseas ser un cristiano vigoroso, si deseas ser un cristiano fuerte en la oración, debes comenzar ya mismo a trabajar para tu Señor y no dejar que pase ningún día sin hacer una obra específica para él".<sup>1</sup>

### Eludiendo una obligación

Efesios 2:10 ocurre al final de una serie de versículos muy conocidos que explican cómo hemos sido salvos por la gracia de Dios por medio de la fe y no por obras. Pero este pasaje inmediatamente continúa diciendo de manera muy práctica: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó [versiones anteriores dicen 'ordenó'] de antemano para que anduviésemos en ellas". Dios tiene un plan para la vida de cada cristiano individual, y las buenas obras están dentro de ese plan. Sin embargo, nuestra insensibilidad al plan de Dios y nuestra pereza son tan grandes que estamos constantemente intentando eludir esta obligación.

Algunos la tratan de eludir teológicamente. Enfatizan la justificación por gracia por medio de la fe sin obras a tal extremo que nuestra obligación de realizar buenas obras desaparece por completo. Por ejemplo, uno de los tratamientos más exhaustivos del capítulo 2 de Efesios, impreso hoy en día, es un análisis de cuatrocientas páginas, en las que se dedican veinticuatro páginas al examen de los versículos 8-10. Pero esta frase clave con respecto a nuestro mandamiento de realizar buenas obras recibe sólo la exposición de un párrafo.

Si bien la justificación por la fe sin obras es sin duda la enseñanza bíblica, como vimos en el Capítulo siete, no significa que no hay cabida para las buenas obras después que una persona ha sido justificada. Efesios 2:8-10 resalta este hecho con claridad porque la palabra obras ocurre dos veces —una como las que Dios maldice y otra como la que Dios bendice—. En el versículo 9 se nos habla de la salvación "no por obras, para que nadie se gloríe". Estas son obras que afloran de nuestra propia naturaleza y en las que podríamos confiar para nuestra salvación. Pero inmediatamente después de decir esto Pablo habla de aquellas "obras" que Dios ha provisto para que sean hechas por aquellos que han sido justificados.

Otro intento de eludir nuestra obligación de realizar buenas obras es espiritual. Algunos interpretan que se trata de las cosas espirituales y buenas que sabemos que debemos realizar como cristianos —orar, leer la Biblia, testificar—. Si bien estos aspectos de la vida cristiana son sin duda valiosos, no son "buenas obras" en el sentido que Pablo está hablando. Si Pablo estuviera pensando sobre el testimonio, por ejemplo, habría escrito que Dios nos ha ordenado ser sus testigos.

La tercer manera en que se elude lo implícito de Efesios 2:10 es organizacional. ¡Con cuánta frecuencia resaltamos nuestros inmensos programas sociales y planes de acción social! Puede resultar extraño decir que un énfasis en la acción social evangélica, que tanto se necesita y con la que nuestra generación está en deuda desde hace tanto tiempo, pueda sofocar las buenas obras. Pero esto tiene lugar de una manera muy sencilla. Las personas escuchan hablar sobre estos problemas, están impresionadas por su alcance, y concluyen que la única manera como pueden ser tratados adecuadamente es mediante esfuerzos organizacionales masivos y, entonces, descuidan el bien que podrían hacer como individuos.

Necesitamos buena teología. Necesitamos la oración, el estudio bíblico y otros elementos para tener una vida y un ministerio cristiano saludable. Debemos establecer y sostener programas de acción social efectivos. Pero todas estas cosas no pueden sustituir el que seamos hacedores individuales de buenas obras. Fuera de la vida y el ministerio de Jesús mismo, los cristianos deberíamos ser la mejor cosa que le ha ocurrido a este mundo. Deberíamos ser fuentes constantes de bien, de compartir, de amor y de servicio para que el mundo sea bendecido y (no debemos perder de vista esto) para que algunos puedan llegar a la fe en nuestro Salvador.

El Señor señaló esta necesidad en el Sermón del Monte cuando llamó a sus seguidores a ser "la sal de la tierra" y "la luz del mundo". La sal es buena y la luz es valorada. Debemos dejar que nuestra sal sea saboreada y nuestra luz vista, argumentó. Y esto para que el mundo "vea vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt. 5:13-16).

### **La compasión de Cristo**

Lo que Cristo prescribió para otros él mismo no lo dejó de hacer. Hoy en día tendemos a meditar en su enseñanza y maravillarnos de ella, como las personas también lo hicieron en su época (Mt. 7:28-29). Pero cuando leemos los evangelios, con el tema de las buenas obras en mente, inmediatamente quedamos impresionados por el hecho de qué parte considerable el hacer el bien integraba el ministerio de Cristo.

Esta fue la nota con la que Jesús comenzó su ministerio cuando leyó del rollo de Isaías en la sinagoga de Nazaret. Se le había pedido que tuviera a su cargo el servicio leyendo una lección para el día. Abrió la profecía de Isaías en la parte relativa a la venida del Mesías que dice: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor" (Lc. 4:18-19; citando Is. 61:1-2). Este pasaje tenía connotaciones de un ministerio espiritual, por supuesto, porque los ojos fueron abiertos a la verdad y los cautivos del pecado recuperaron su libertad. Pero esto no es todo el asunto, como lo muestra el resto del capítulo. La segunda mitad del capítulo 4 de Lucas registra los primeros milagros de Cristo: el echar fuera demonios y la curación de la suegra de Pedro. Y luego dice: "Al ponerse el sol, todos lo que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba" (vs. 40).

Otra vez, cuando Juan el Bautista estaba en prisión y comenzó a dudar sobre si Jesús era realmente el Mesías, envió a sus discípulos para que le preguntaran a Jesús al respecto. Jesús hizo referencia a este mismo pasaje y le encargó a Juan que considerara como prueba del cumplimiento de esta profecía las curaciones de los ciegos, de los paralíticos, de los sordos y de los leprosos que Jesús había realizado.

Estas obras no eran simplemente realizadas para que las personas creyeran en él. Él simplemente tenía compasión por aquellos que estaban enfermos, hambrientos o necesitados. No todos a quienes sanó creyeron, al menos no se nos dice que hayan creído. No todos ni siquiera eran amigos. Sanó la oreja del siervo del sumo sacerdote que había venido a arrestarlo en el jardín de Getsemaní y a quien Pedro había atacado en un intento por salvar a Jesús (Lc. 22:50-51).

Nos enseñó que deberíamos hacer el bien incluso hacia nuestros enemigos al recordarnos que Dios "hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos" (Mt. 5:45). En la parábola del Buen Samaritano nos enseñó que el bien debería hacerse incluso hacia aquellos que son culturalmente despreciados (Lc. 10:30-37).

Tampoco fueron sólo obras milagrosas las que Jesús realizó. Si eso fuera cierto, podríamos concluir que las buenas obras verdaderas están más allá de nuestras capacidades. Aparentemente, el Señor y sus discípulos tenían un fondo del que repartían a los necesitados (Jn. 13:29).

Jesús también animó a otros a hacer buenas obras. Observó a una viuda pobre que estaba poniendo dos monedas de cobre, que juntas sumaban sólo unos céntimos, en el arca para los pobres en el templo. "De cierto os digo", les dijo. "Esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento" (Mr. 12:43-44). Por otro lado, María de Betania rompió una caja con un ungüento muy caro para ungir sus pies antes de su arresto y crucifixión. Judas y posiblemente otros no estaban de acuerdo, pero él les respondió: "Dejadla; ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis" (Mr. 14:6-7). Y cuando Zaqueo se convirtió y prometió dar la mitad de sus bienes a los pobres y pagar cuatro veces más lo que había estafado, Jesús le respondió: "Hoy ha venido la salvación a esta casa" (Lc. 19:9).

### **La sal de la tierra**

Las comunidades cristianas primitivas se caracterizaban por la generosidad y el cuidado que tenían entre sí y hacia los pobres. Después que unos tres mil fueron salvos como resultado de la predicación de Pedro en Pentecostés, se nos dice que "todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno" (Hch. 2:44-45). Cuando la iglesia había aumentado más aún, la Biblia registra que "no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad" (Hch. 4:34-35).

El vender todos los bienes y tener todas las cosas en común no es contrario a la propiedad privada. Este derecho está reconocido en Hechos 5:4. Pero de todos modos se trataba de una iglesia generosa. Otras iglesias eran generosas de otras maneras.

En Hechos 6 se nos describe la elección de los primeros encargados de la iglesia (aparte de los apóstoles que habían sido elegidos y comisionados por Cristo). Las obligaciones de estos diáconos, como eran llamados, eran las de velar por los enfermos y los pobres, y distribuir entre ellos los bienes según su necesidad (Hch. 6:1-6). Entre ellos se encontraba Esteban, el primer mártir.

En un capítulo posterior del libro de Hechos se nos habla sobre Dorcas que "abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía" (Hch. 9:36). Cuando murió hubo gran lamento y todas las viudas a quienes había ayudado vinieron "llorando, mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas" (vs. 39). Pedro resucitó a Dorcas de entre los muertos. Otra persona que resalta por sus buenas obras la encontramos en el capítulo 9 de Hechos, era Simón el curtidor, un residente de Jope (vs. 43). Él puso su casa a disposición de Pedro mientras Pedro visitaba la ciudad. En el siguiente capítulo, Cornelio, el centurión romano, es alabado por ser "piadoso y temeroso de Dios... y hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre" (Hch. 10:2) aun antes de su conversión. En el capítulo 12 de Hechos, se nos introduce a María, la madre de Juan Marcos, que puso su casa a disposición para la celebración de reuniones cristianas, en este caso reuniones de oración nocturnas (vs. 12).

En varias oportunidades en el libro de Hechos leemos de colectas que se levantaban para ayudar a los pobres. En una ocasión esto fue hecho como respuesta a una hambruna en Jerusalén (Hch. 11:27-30). En otra ocasión, fue una ofrenda de las iglesias gentiles para los pobres de Jerusalén (Hch. 24:17; comparar con 1 Co. 16:1-4; 2 Co. 8:1-9:5).

Aparentemente, los instintos caritativos de la iglesia primitiva continuaron en el período de los apologistas, ya que éstos señalaron con frecuencia la bondad de los cristianos como parte de su defensa de la fe. El filósofo ateniense Aristides escribió a Adriano sobre los cristianos:

No cometen adulterio ni ninguna inmoralidad: no dan falso testimonio, ni estafan, ni codician lo que no les pertenece. Honran a sus padres y a sus madres, y hacen el bien a quienes son sus vecinos. Cuando son jueces, juzgan con rectitud. No adoran a los ídolos hechos según semejanza de hombre. Todo lo que no desean que otros hagan con ellos, ellos no lo hacen; y no comen la comida sacrificada a los ídolos. A quienes los oprimen les exhortan y se convierten en sus amigos. Hacen el bien a sus enemigos. Sus esposas, O rey, son puras como vírgenes, y sus hijas son modestas. Sus hombres se abstienen de todo contacto sexual ilegítimo y de toda impureza, con la esperanza de una recompensa por venir en un mundo futuro... Se aman unos a otros, las necesidades de las viudas no son ignoradas, y rescatan al huérfano de la persona que lo trata con violencia. El que tiene le da al que no tiene, sin quejarse y sin enorgullecerse. Cuando los cristianos se encuentran con un extraño, lo invitan a sus casas y se regocijan con él como si fuera un hermano verdadero. No llaman hermanos sólo a los unidos por lazos sanguíneos, sino a quienes son hermanos por el Espíritu y en Dios. Cuando uno de sus pobres muere, cada uno provee para su funeral según su capacidad. Si tienen noticias que alguno de ellos ha sido hecho prisionero o está oprimido por el nombre del Mesías, todos proveen para su necesidad, y si es posible redimirlo, lo dejan libre. Si hallan pobreza en medio de ellos, y no tienen comida suficiente, ayunan durante dos o tres días para que los necesitados puedan ver sus necesidades suplidas.<sup>2</sup>

A medida que el cristianismo se desarrolló en el mundo romano, el impacto de su compasión fue sentido. Los deportes crueles que se hacían en las arenas romanas fueron prohibidos. Se promulgaron leyes para proteger a los esclavos, los prisioneros y las mujeres. Se prohibió la exhibición de los menores. Se fundaron hospitales y orfanatorios. Se elevó el estándar de las personas poco privilegiadas. El progreso no siempre fue constante. Pero esta fue la tendencia.

Las mismas preocupaciones fueron particularmente evidentes durante la Reforma y en el movimiento misionero moderno. El movimiento misionero estableció hospitales y escuelas literalmente en todo el mundo. Todavía hoy muchos líderes en casi todas las naciones independientes de África reconocen haber recibido su entrenamiento temprano y su motivación inicial para servir a sus países en las escuelas misioneras.

¿Y qué sucede hoy en día? La situación es confusa debido a la proliferación de servicios estatales. La seguridad social, *'Medicare'*, los programas sociales para el desempleo y varios otros proyectos están cumpliendo con lo que antes hacían los cristianos, haciéndolo mejor en cuanto a la cantidad de recursos asignados, pero no necesariamente mejor en cuanto a servicio compasivo y personalizado. Sin embargo, todavía hay muchas oportunidades para aquellos que están alertas a la necesidad de hacer buenas obras. Hay grupos de cristianos particularmente efectivos, como los que se reúnen semanalmente en las casas para el estudio bíblico. He observado como grupos de estudio bíblico en mi propia iglesia ayudan a personas a mudarse de un departamento a otro o de un departamento a un hogar para ancianos. Algunas personas hicieron turnos para quedarse la noche acompañando a alguien que estaba enfermo o necesitaba de cuidados. Han recolectado comida para aquellos en necesidad, incluyendo algunos trabajadores cristianos de barrios pobres. Han juntado ropa, donado sangre, limpiado los departamentos, transportado a los enfermos a los hospitales para su cuidado o tratamiento y hecho otras cosas similares. Muchos simplemente han trabajado arduamente en empleos para que otros se beneficiaran.

A través de toda la historia los cristianos han sido verdaderamente "la sal de la tierra" de la manera como su Señor los imaginó que serían cuando les instruyó que hicieran buenas obras. Sin embargo, esto no siempre ha sido el caso. Si hemos de ser sinceros, posiblemente nuestra generación sea una de las que más en falta esté. Los cristianos no son conocidos como los que hacen el bien a los demás. Algunos de nosotros muy pocas veces hacemos algo que sea particularmente bueno para alguien.

Resulta mucho más fácil servirnos a nosotros mismo. Pero no debemos hacer esto. Primero, la presencia de buenas obras en la vida cristiana es evidencia de la salvación. Ahora pensamos de manera distinta a la manera de pensar que teníamos antes de nuestra conversión y buscamos servir a otros de maneras que antes nunca se nos hubiese ocurrido. Esta es una evidencia de que somos nuevas criaturas en Cristo. En el Capítulo ocho dije que una expresión de amor hacia los demás es una prueba de la nueva vida, presentada por el apóstol Juan. "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos" (1 Jn. 3:14).

Segundo, el hacer buenas obras es un medio de crecimiento de la vida cristiana. Si deseamos crecer, deberíamos servir a otros fielmente. ¿Qué sucede cuando no lo hacemos? Nos convertimos en introvertidos, egoístas, insensibles y avaros. Cuando hacemos el bien a otros, nuestros horizontes se amplían, crecemos en el alma y nos convertimos más y más semejantes a Jesús.

Tercero (y qué evidente que debería ser este punto), las buenas obras son una bendición para quienes servimos. Es muy difícil ponernos en el lugar de otros, particularmente cuando están necesitados y nosotros tenemos bienestar. Pero en este punto puede servirnos de ayuda recordar que el servicio a los otros es servicio a Dios. "Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí" (Mt. 25:34-36). Jesús es bendecido por nuestro servicio a otros; y si él es bendecido, entonces los demás lo son también.

Finalmente, Dios es glorificado por nuestras obras. Sólo por medio de su vida dentro nuestro y por su gracia es que es posible que las llevemos a cabo. Algunos pueden preguntarse: "Si la justificación no es por obras, ¿qué valor pueden tener las obras? ¿Y por qué la Biblia a veces habla sobre 'premios' para las buenas obras que no son meritorias?" Calvino responde:

No hay duda de que cualquier cosa meritoria que haya en las obras es por gracia de Dios; no hay ni una gota de ellas que nos corresponda a nosotros. Si verdaderamente reconocemos esto, no sólo desaparecerá cualquier confianza que tengamos en los méritos, sino la noción misma de ellos. No estamos dividiendo los créditos para las buenas obras entre Dios y el hombre, como hacen los sofistas, sino que estamos reservándolos en su totalidad, y su plenitud, y sin desmedro para el Señor. Al hombre sólo es posible asignarle esto: que con su impureza contamina esas mismas cosas que son el bien. Porque no hay nada que proceda del hombre, no importa lo perfecto que sea, que no haya sido de alguna manera manchado en algún lugar. Que el Señor, entonces, llame a juicio lo mejor en obras humanas: ¡sin duda reconocerá su propia justicia y el deshonor y la vergüenza del hombre! Las buenas obras, entonces, agradan a Dios y no son sin fruto para sus hacedores. Pero a modo de premio reciben los beneficios más amplios de Dios, no porque los merezcan sino porque la bondad de Dios les ha dado valor?

Si nuestra meta principal es "glorificar a Dios, y disfrutarlo por siempre", como lo sugiere el Catecismo Abreviado de Westminster, el hacer buenas obras es una manera importante para cumplir la primera parte.

---

## Notas

1. Torrey, *How to Succeed*, p. 83.
2. Helen H. Harris, *The Newly Recovered Apology of Aristides* (London: Hodder and Stoughton, 1893); citado en Sherwood Eliot Wirt, *The Social Conscience of the Evangelical* (New York: Harper and Row, 1968), pp. 29-30. 3. Calvino, *Institutes*, vol. 1, pp. 790-91.